

SEMANARIO

LITERARIO

Gente Joven

LA MUERTE DEL RABÍ

por MARCELINO MARTÍN GONZÁLEZ



OS pastores bravíos que trajeron á Jerusalem corderos para la Pascua, caminan lentos por la calzada de la Idumea. El sol se tumba en el follage de las palmeras de Bethania y por el camino de Betphagé marchan envueltas en sus mantos amarillos las vendedoras de panes ácidos.

El Rabí Jeschoua pende aún de la cruz. El viento de Siloch trae aromas de naranjos y voltea en los senderos hojas de anémonas.

Junto al huerto de José de Arimatea tres mujeres robustas, desgarrando sus mantos cenicientos y golpeando sus pechos fuertes de sanas galileas, gimen mirando al Cristo. Las tres, á la par, caen sobre la tierra regando con sus lágrimas el camino de Joppé.

Un grupo de esenios del Engaddi, recostados sobre el franco de un cedro seco, hablan de Iokanan el Bautista, y en lo alto del monte, José de Ramatha, pasea temblando bajo su ancha túnica orlada de azul.

Va llegando la octava hora judía.

Un obrero de sayal de estameña se acerca á la cruz y le dice á El Cristo:

—Tú, el que derribas el Templo de Dios, baja acá.

El Rabí ha vuelto penosamente su cabeza tostada por el sol galileo y ha mirado con ojos moribundos al hombre rudo de sayal pardo.

Unas cigüeñas que llegan de Samaria

pasan rasando los cedros de los huertos, y el sol besa á la par el Hierón y la Torre Antonia.

Se apagan los murmullos de la gente del Gólgota. El Cristo ha vuelto al cielo sus ojos y exclama con amargura doliente:

—¡Eli! ¡Eli! ¿Lama sabatchthani?

Las mujeres galileas se han arrancado, de dolor, los cabellos morenos, y ríen sonoramente los fariseos de túnica blanca. Uno de ellos ha dicho:

—¡Llama, llama á Elías!

Cristo ha recostado la cabeza sobre la cruz y ha entregado su espíritu.

El sol acaba de caer hacia Sichen, y se siente en los árboles el estallar de las yemas fecundas. Unos pastores de Ascalón tocan lánguidamente sus bocinas sonoras.

José de Arimatea pide el cuerpo del Rabí.

En el camino de Joppé dos mujeres hablan.

—Mira, el Nazarein, cuando llorábamos, nos consoló diciendo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vuestros hijos. Día ha de venir en que dirán: Bienaventuradas las estériles y los vientres y pechos que no críen.

El Cedrón murmura en su cauce rocoso, besando las ramas de los nabka de hojas de corazón, y el Enrogel baña rumoroso los plantares del jardín de Antipas.

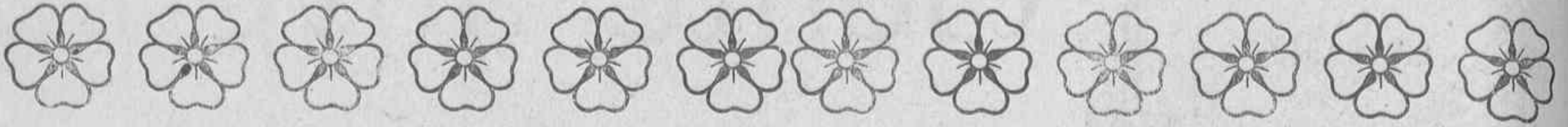
Nicodemo sale de Jerusalén, con un esclavo, por la Judicaría y lleva áloe y mirra. Está serena la noche de Niran.

El viento mueve tibiamente los cedros

del huerto de José de Arimatea. Por una calleja de limoneros traen los discípulos el cuerpo del Rabí. Las mujeres galileas lloran sobre Él como lloraban las mujeres griezas

sobre su dios Adonis el rubio, cubierto de hojas de naranjo.

Va á despertar sobre los azules montes del Moab la aurora del Sabbath.



PERSONA CRISTO

por LUÍS HORTAL



En tiempos de fariseos é hipócritas vivimos, y todo hombre de sentimientos elevados, de ideas puras, será escarnecido y menospreciado.

Nuestra religión nos dice que somos hermanos los hombres, y esto nunca ha pasado de dicho. Nuestra pequeñez de espíritu no nos consiente amarnos los unos á los otros. En cambio nuestra capacidad para el odio es inmensa. El hombre que aspira ó es rico odia á sus semejantes aunque ame á su familia.

¿Y quién es el que no trata de ganar las mayores y mejores condiciones de vida? Uno, dos, siete..... en el mundo. Los restantes, que son todos, luchan por adquirir ó sostener un capital, y la lucha en este sentido es engendradora de odios.

La animalidad, el estómago, los sentidos vencen todavía á la pobrecita alma.

Muchas veces pienso yo, que se debe creer muy poco en la vida celestial, porque nos afanamos y desvivimos por gozar la terrena.

En este valle de lágrimas, que me parece, según veo, no solamente de lágrimas sino de placeres abundantes también, debíamos andar á porfía para conquistar la deliciosa mansión de los justos. Y no es así.

Cristo dijo esta terrible metáfora: "Es más difícil que entre un rico en el cielo, que un camello por el hondón de una aguja".

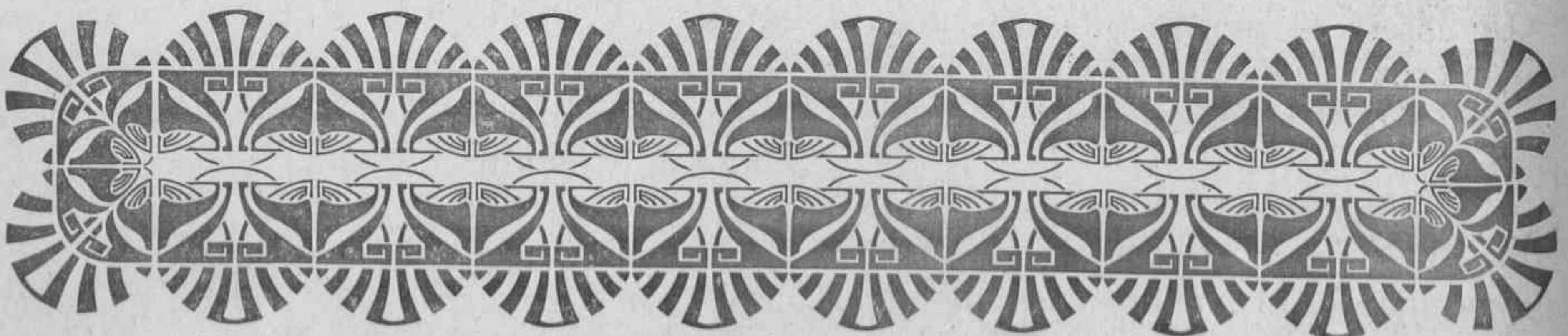
Para ser su discípulo era preciso desposeerse de los bienes. Cristo lo exigía.

Mas ahora, es el caso, que con los bienes terrenos se encuentran facilidades para allanar el camino del cielo. Hay algunos comisionados que tienen la misión de extender pasaportes para San Pedro.

No se por qué rodeos ingeniosos se ha conseguido hacer ver, que el ser rico no es obstáculo para llegar á disfrutar de las bienandanzas de ultratumba. Sus razones habrá, aunque sean falsas, y..... todo es relativo.

Sí, somos débiles y el buen Dios se apiadará de nosotros, casi á la fuerza, pues el infierno debe ser pequeño para tanto malvado, y los demonios insuficientes para torturarnos. Quizá en el infierno estén haciendo obras de ensanche.

Tú, Cristo, que mansamente sufriste el terrible Calvario, entre la befa y escarnio de la canalla, perdona á los pobres pecadores que te llevan en su impura boca, ó en la solapa de la chaqueta y no en el corazón. Perdona á los que negocian tu divino nombre.



¡CONSUMATUM EST!

por JOSÉ M.^a DE ONÍS Y SÁNCHEZ.

Se abrieron las entrañas de las nubes
Y el trueno retumbó, repercutiendo
Su eco en las inmensas lejanías
De aquel Calvario.

La luz rojiza y clara del relámpago
Que, manos invisibles encendieron,
Rompía á cada instante las tinieblas
Aterradoras.

Se vieron en el cielo, impetuosas
Las nubes desgarrarse con estrépito,
Visiones que chocaban y se hundían,
Sombras horribles.

Se oyó del viento el infernal bramido
Los árboles con furia desgajando
Y su hórrido silbido parecía
Crujir de huesos.

El rayo, con chasquido pavoroso,
La tierra iluminó, vertiendo fuego,
Abriendo inmenso hueco en lo profundo
De sus entrañas.

El orbe retembló. La tierra toda
Estremeciése ante el horrible estruendo.
Era la voz del Dios de los mortales
Que se moría.

Jesús, crucificado, abrió los ojos
Y vió á los deicidas blasfemando
Con lenguas miserables, maldiciéndole...
Y ¡Él perdonaba!...

Volvió hacia el cielo los divinos ojos
Llenos de dulce amor al Dios eterno
Y sus benditos labios pronunciaron
Estas palabras:

¡Perdónalos, Señor! ¡Dios de los cielos!
¡Perdona á todos mis perseguidores!
¡Perdónalos! ¡no saben lo que hacen!
¡Tú, Padre mío!

Muerto estaba en la cruz. Su cuerpo santo
Yacía con los brazos extendidos,
Con ansia de sufrir por los mortales,
Pálido yerto.

Su cuerpo, ensangrentado, en el madero,
Quedó por redimir á los humanos,
Y ¡somos pecadores todavía
Todos los hombres!

Brillaron los relámpagos; el trueno
Con furia retumbó y el Cristo dijo:
Con voz que en las tinieblas expiraba:
¡Está acabado!



CRISTO

por J. MARTÍNEZ RUIZ



AMIGOS: una vez era un pobre hombre que estaba muy enfermo. Y como era pobre, no tenía dinero para comprarse alimentos ni medicinas; pero tenía un amigo periodista... Los periodistas son buenos, son sencillos, son afables; y este periodista—que, como es natural, tampoco tenía dinero,—publicó en su periódico un suelto en que demandaba la caridad para su amigo. Cuando salió el periódico, mucha gente

leyó el suelto y no hizo caso; pero hubo tres hombres que sacaron un cuadernito pequeño y apuntaron las señas. De estos hombres, uno era grueso y con barba negra; otro era delgado y con la barba rubia, y el tercero, que no era grueso ni delgado, no tenía barba. Pero los tres pensaron seriamente en que había que socorrer al pobre enfermo, y los tres se encaminaron á su casa, cada uno por distinto camino.

Todos llegaron al mismo tiempo á ella,

y como se saludaron familiarmente, se puede decir que se conocían de antiguo. Ya ante el enfermo, el que no tenía barba, bajó los ojos, cruzó las manos sobre el pecho y dijo:

—El mal es grave; pero, en mi humilde juicio, puede curarse con resignación de una parte y caridad de otra...

Al oír esto, el de la barba rubia se estiró los puños, arqueó los brazos y le atajó diciendo:

—Perdone usted; el pueblo es soberano. Lo que importa es que conozca sus derechos y que los conquiste...

Al llegar aquí, el de la barba negra levantó la cabeza, les miró con desprecio y arguyó en esta forma:

—Están ustedes en un error; el mal tiene causas más hondas. Ante todo, hay que nacionalizar la tierra...

Apenas hubo dicho estas palabras, cuan-

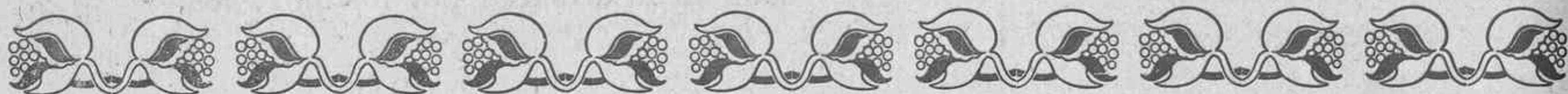
do los otros dos le interrumpieron dando voces; replicó en el mismo tono el de la barba negra, y tal escándalo promovieron entre los tres, que las gentes de la vecindad, que eran todas muy pobres, acudieron á la casa del enfermo y los arrojaron de ella.

Y estas pobres gentes decían;

—No, no queremos á nuestro lado falsos doctores; no queremos bellas palabras; no queremos bellos proyectos... Nosotros somos pobres y nos bastamos á nosotros mismos. En nosotros está la salud y nosotros curaremos á este hombre.

Y entonces este hombre sonrió con una sonrisa divina, y los miró con una mirada dulce, y cogió sus manos y las estrechaba blandamente contra su pecho.

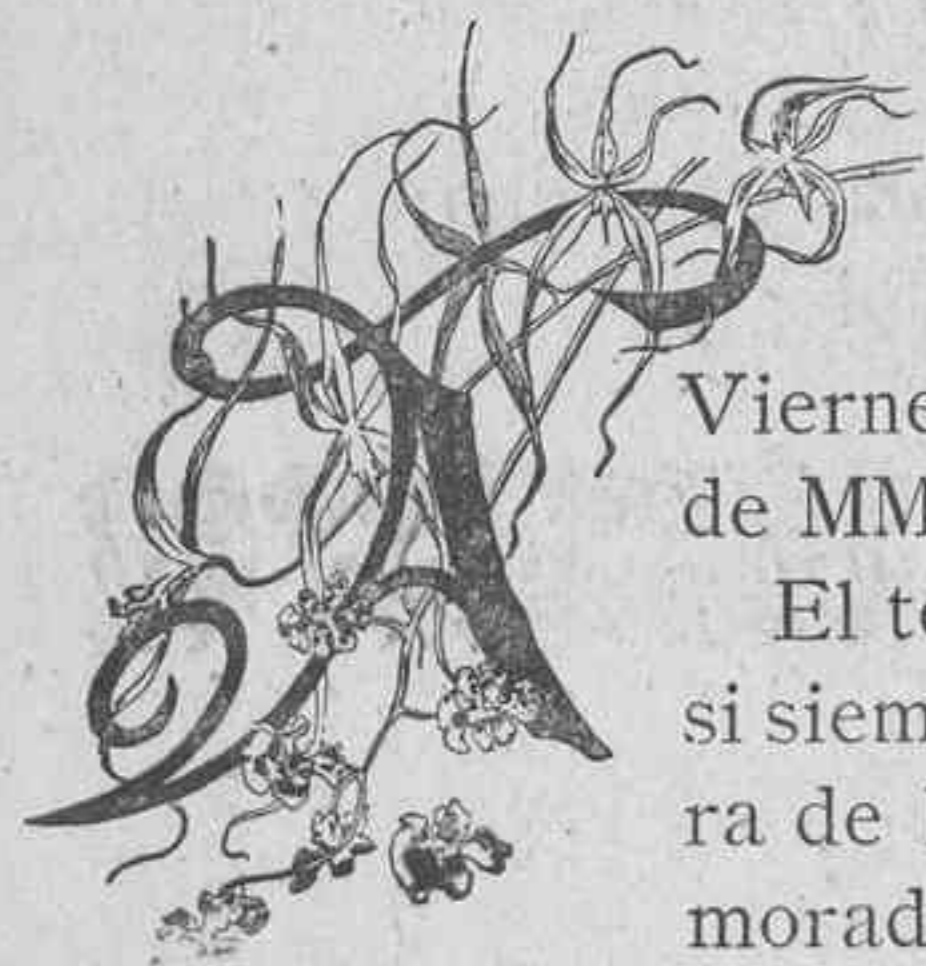
Porque había visto que estos hombres eran sus hermanos, y que la verdadera salud estaba en ellos.



DE MI PUEBLO

EL SERMÓN DE LA SOLEDAD

por JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS



Si llaman mis paisanos, el sermón que escuchan todos los años, el Viernes Santo, en la iglesia de MM. Carmelitas.

El templo está obscuro, casi siempre. La desnudez severa de los muros, la cubierta morada obscura de los altares, el simétrico tenebrario con sus velas amarillas apagadas, el salmodioso canto litúrgico de las monjas, la ausencia de lujosos detalles en el monumento, y sobre todo, *la Soledad*, aquel magnífico busto de madera que se exhibe en el sitio más visible del presbiterio... encienden el ánimo en religiosa contemplación... incitan á rezar en oración profunda y convidan á llorar lágrimas de mansedumbre por la Madre que llora por la muerte de su Hijo.

Jamás me han convencido esas fiestas mundanas, con detalles chocarros y profundos, ni

me han inspirado recogimiento alguno esos conciertos musicales de las grandes fiestas, que, con tanta frecuencia, celebran los jesuitas. Pero este sermón de la Soledad, que oyen mis paisanos con fervor hondo el Viernes Santo, me llega al alma y aún creo que me trae algo de las solemnidades cristianas primitivas, ecos de las catatumbas, oraciones del Apóstol que excitaba á las masas sencillas y humildes.

Yo no sé, generalmente, lo que dice el predicador.

Habla del Calvario, de los sufrimientos de las madres que pierden á sus hijos, para deducir la pena de María. Se refiere á noches obscuras, á lamentos quejumbrosos, al desquiciamiento de la Naturaleza durante la agonía de su Creador. Yo tengo mi alma en otra parte, mis ojos no tratan de inquirir si el predicador *acciona ó no acciona*; los tengo fijos en la Soledad.

¡Y qué Soledad, Dios mío! Yo no he visto

nada más hermoso, ni creo que exageran las beatas cuando dicen que no hay busto como aquél en el mundo. Una mujer hermosa, con la hermosura del dolor en el rostro, con lágrimas que caen, lentas, de las mejillas rosadas, con los ojos castaños oscuros que piden compasión, con las manos en cruz, con el manto recogido... He visto maravillas del arte cristiano, pero como ésta, ninguna.

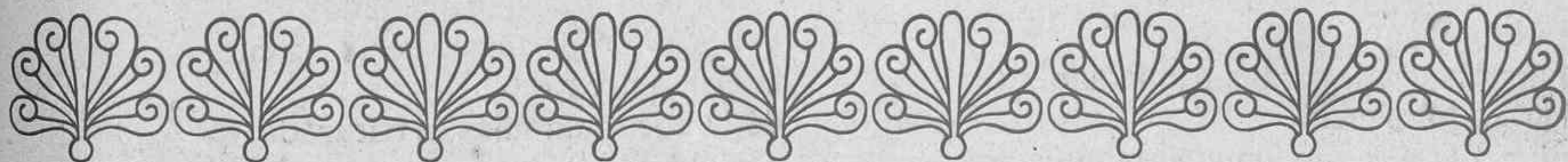
No sé qué hechizo tiene, ni cómo pudo amontonar tanta ternura el artista en aquella estatuilla humilde, de madera. No se cansan los ojos de contemplarla; á cada momento se descubren nuevas perfecciones y es cosa de estarse embozado todo el santo el día de Dios mirando, de hito en hito, sin perder el retoque admirable ó el perfil arrinconado; es cosa de entusiasmarse con aquel artista anónimo,—italiano, por las trazas—que personificó, tan maravillosamente, el dolor de María.

Cuanto más la veo, menos sé definirla ni pintarla. Prodúceme la Soledad de mi pueblo una sensación indefinible, un cosquilleo íntimo, que me dura largo rato. Y me invita á rezar, no con los aprendidos rezos de siempre, sino con otros más espontáneos, donde las palabras sobran, y es que en aquella imagen hay, por debajo de la angustia de la madre, la sublime abnegación de María. Y aquel sosiego perfecto, aquella humildad en la expresión de las quejas,—que diría Euxenio de Castro, el gran poeta portugués,—derrite el espíritu en un mar de dulzura y aquellas soledades llevan al Amor, esencia del Cristianismo.

.....
Aquella imagen de mi pueblo inspira devoción. Delante de ella, lloran las mujeres. Los hombres se emocionan.

Dicen bien las beatas: "No hay otra Soledad en el mundo como ésta."

Alba 19-4-1905.



POR ESAS CALLES.....

por FEDERICO DE ONÍS

HAN pasado los Nazarenos, el Viernes Santo por la mañana y por la tarde, delante de mis ojos.

Llevaban moradas túnicas, cruces de pino sobre los hombros y en la cabeza, circundándola, una corona con espinas de adorno, que no pinchaban en la carne.

Rezaban en alta voz; y pasaban, mostrando á todos valerosamente sus convicciones, en esta época en que parece que viste más, sobre todo entre gente intelectual, mostrar otras convicciones muy distintas, de las que muchos realmente no están convencidos.

Sentí simpatía por aquellos hombres, que, en público, decían á todos:—Sí, no nos importa que lo veáis; creemos con fe viva, como las pobres mujeres y los hombres ignorantes. Y nuestro orgullo lo ponemos precisamente en esto, en ser creyentes...

Y yo también, sin mostrarlo en público, pensaba que valía más, infinitamente más la fe sencilla de las pobres mujeres y de los ignorantes, que la ciencia de los sabios y las disquisiciones de los doctos.

Paseando, llegué á la parte más hermosa de Salamanca, á la calle donde está el convento de las Adoratrices.

En esta calle se respira aire de cosas antiguas, y su poesía es intensísima. Aquellas dos hileras de olmos negruzcos, la luz sombría, la soledad, toda aquella piedra dorada cerrando el espacio... todo esto junto me encanta, y creo difícil poder encontrar en ninguna parte un conjunto más hermoso donde esté representado más vivamente un cuadro de los pasados siglos del arte y de la fe.

Entré en un templo pequeño, y allí, en la silenciosa penumbra, bajo la impresión del espectáculo de los Nazarenos, repetía en mi pensamiento las palabras del Kempis: "Delante de Tí enmudezcan todas las criaturas, callen todos los Doctores: hálame Tú solo."

Y me habló Cristo con las palabras de su Evangelio, y me pareció que estaba apesadumbrado por la procesión de los Nazarenos. Yo iba á hablarle también en este sentido, pero me cerró la boca del alma diciéndome:

—"No juzgues, para que no seas juzgado. Ves una paja en el ojo ajeno y no ves una viga

en el tuyo. Quita antes la viga de tu ojo, y espera.,,

Y después me enseñó, siguiendo por los siglos de los siglos su labor de Divino Apostol y Divino Maestro, diciendo: "Cuando reces no seas como los hipócritas, porque ellos aman el orar en las sinagogas y en los cantones de las calles en pié, para que sean vistos de los hombres; de verdad te digo que ya tienen su pago.,,

"Mas tú cuando reces, entráte en tu cuarto, y cerrada la puerta, reza á tu Padre que está en secreto; y tu Padre que vé en secreto te recompensará en público.,,

"Y orando no seas proligo, como los genti-

les, que piensan que por su parlería han de ser oídos. Rezarás así: Padre nuestro que estás en los cielos.,, etc.

"Y cuando ayunes; no seas austero como los hipócritas, porque ellos demudan su rostro para parecer á los hombres que ayunan; de verdad te digo que ya tienen su pago. Mas tú cuando ayunes unge tu cabeza y lava tu rostro; para no parecer á los hombres que ayunas sino á tu Padre que está en secreto; y tu Padre que vé en secreto te recompensará en público.,,

Dejemos que hable el Señor, Él sólo, en estos días, y callemos nosotros.....



SIN CANTOR

por JOSÉ SÁNCHEZ GÓMEZ

Sin cantor se han quedado
el tierno vaquerillo,
el mustio erial, la alondra mañanera,
el labrador sencillo
quien á la par que empuña la mancera
lanza al aire tonadas cadenciosas,
robustas, armoniosas,
que rasgando el silencio rodeante
de las pardas llanuras castellanas
esfumándose van por las umbrosas
perspectivas lejanas.

Sin cantor se han quedado
la oveja baladora,
el Cristo exangüe de la blanca ermita
al que acude la gente labradora
cuando algo milagroso necesita,
la copa verde de la encina vieja,
el robusto gañán enamorado
que *platica* en la reja
su fuerte amor honrado
á su *charra*, la moza más lozana
de espíritu y de cuerpo siempre sana.

Sin cantor se han quedado
la cabreril manada
que lejos del aprisco
salta de peña en peña y risco en risco;
la yunta sosegada
que mansa y fuertemente
surcos abriendo en la rugosa tierra
la testuz balancea torpemente;
la lejana, nevada, abrupta sierra,
el bosque quejumbroso,
el límpido regato rumoroso.

Sin cantor se han quedado
el barbecho parduzco herborizante,
la era pedregosa
dó la encerada miés es triturada
por el trillo tajante
sobre el cual, sudoroso,
aviva con la ahijada
del ganado cansino el paso lento
la trigueña mozuela,
la asustada perdíz que rauda vuela
con más velocidad que el sutil viento.

Sin cantor se han quedado
los crepúsculos rojos vespertinos,
los nacarados tenues matutinos,
el parlador jilguero,
la paz de la alquería, el verde prado,
el tostado cabrero,
el tomillar silvestre perfumado,
la montaraza afable,
hacendosa y cristiana,
todo lo que cantaste inimitable
de la fecunda tierra castellana.

Mas nunca ha de encontrarse tu memoria
mientras penda una cuerda de mi lira
ó articule un sonido mi garganta,
sin que cante su gloria
mi pobre triste plectro que suspira
cuando recuerda cuánta
y cuán bella armonía
el tuyo produjera
á él haciendo sentir la verdadera,
paradisiaca, dulce poesía.



TARDE DE MUERTE

POR LAUZABE M. DEL CONSUELO

Bajo los álamos de la ribera me hablaba mi amigo perezosamente.

— Ahora — me decía — es cuando se siente el vivir. Mira, mira, la tierra como se extiende, sana y fecunda.

Yo miraba y remiraba, veía un campo ancho, de cebadales altos y trigos nacientes, veía á la tibia luz del sol agonizante, plantares de mieses deshilachadas, pero veía también por debajo de aquella corteza de vida la arcilla muerta.

— No amigo mio, no, la alegría del vivir no es esta. El campo vive de por fuera y donde hay que tener la vida intensificada es en los adentros.

Mi amigo comenzó á silbar una tonada castellana, una oda á los campos y yo me recogí en mí con miedo á mirarme, con miedo á encontrarme en el espíritu lesión de muerte.

Memiré, tenía un alma intensificada, un alma de hurraño que me cogía á mi mismo de campo de labor; un alma que fué ámplia pero que á pechugones de aquí y de allí y á bofetones de la vida se había retorcido sobre sí misma para darse calor y se entretenía á solas. Pedía amores y paz, y paz tenía; pero amores! se le fueron

hacía tiempo en un hombre cristiano, una mujer alta y morena y un niño rubio.

Me empapaba una tristeza agobiante, la tristeza del hartazgo de la vida que ha buscado por aquí y por allá esbozos de felicidad suprema y que se ha encontrado siempre con la barrera del destino sólida y firme

Ahondaba y desgarraba nerviosamente capas de mi espíritu; pretendía llegar al eje donde se adosaron los cuajarones de mis ideas primitivas, y llegué. Allá en lo hondo, sepultado por toda la pudredumbre de mi vida moderna, escondido entre los sentires de mi entrada á la juventud, estaba el recuerdo de mi amor primitivo, jugoso y sano. Claros estaban los perfiles de una rubia mujer de ojos dulces, y claras estaban también sus palabras de amor, dadas á mi alma en una tarde primaveral bajo la fronda de una parra al pasar los conquistadores de la vida, á rasgar sus campos.

Mi amigo ha arrancado de lo alto del álamo verde una retama y yo he roto mi pensar.

El sol se acuesta tras el horizonte liso de la llanura para volver mañana á hendir el cielo.

Yo pienso que acaso mañana también se me despierte la juventud que ha tiempo llevo en sueño de muerte.



DON JUAN VALERA

Su muerte era de los hechos esperados ya desde algún tiempo; y por ello la noticia no nos ha causado sorpresa, pero no por eso ha sido menos el dolor.....

Ya desde hacía algunos años solíamos preguntarnos muchas veces: — ¡Pero cómo vive todavía D. Juan Valera?!

Porque era en verdad extraño cómo hasta en estos últimos años, el ilustre escritor conservaba á pesar de su avanzada anciani-

dad, la frescura de aquel incomparable ingenio, que le elevó á la cúspide de los escritores españoles.

Y sin embargo era muy viejo, y á pesar de las muestras que atestiguaban la juventud de su alma, no había más remedio que pensar que su cuerpo trabajado tenía que estar decaído, envejecido sin duda alguna, y que el triste fin de su vida fecunda para las letras, se acercaba muy de prisa sin remedio, porque la naturaleza lo exigía así.

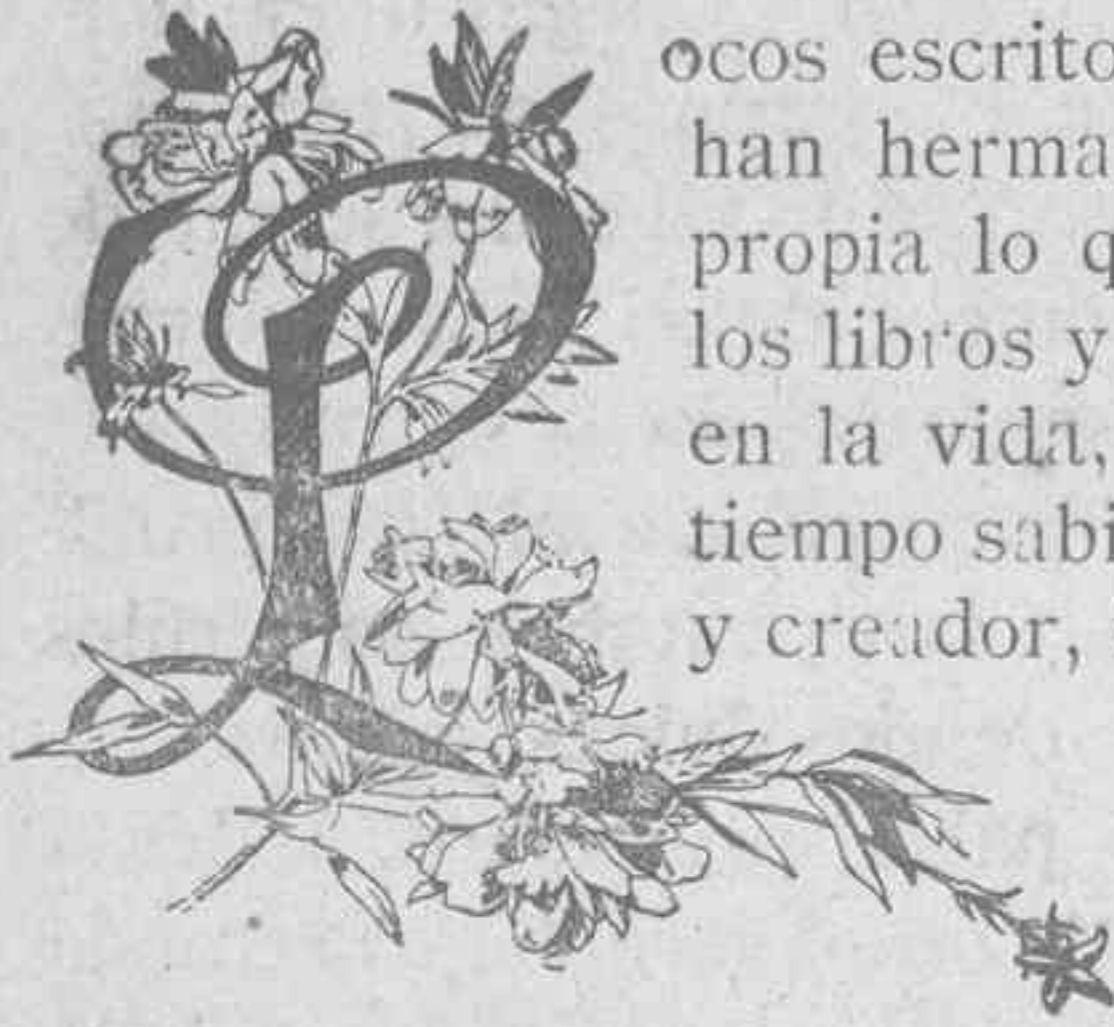
Hoy ha muerto ya; el esperado suceso se ha cumplido; y el dolor de todos los que aman las letras y la patria, es claro y manifiesto.

Estos días últimos han sido de luto para las letras españolas. Hace poco fué D. Federico Balart, hoy es D. Juan Valera el que ha muerto.

Pero muertos ellos, ahí quedan sus obras para admiración de los hombres venideros y su memoria perdurará fecundando frutos de ingenio nuevos en la vida del arte.

*
* *

RASGOS DE UNA VIDA



ocos escritores como Valera han hermanado en la obra propia lo que se aprende en los libros y lo que se aprende en la vida, siendo al mismo tiempo sabio y poeta, crítico y creador, filósofo y literato.

Y en esa figura complicada de rasgos heterogéneos y de difícil

examen psicológico, los hábitos sociales del maestro añadirán confusión á quien quiera analizar el conjunto de sus hechos y de sus páginas. Difícilmente se acomodan las costumbres del hombre de estudio con las del hombre de la sociedad elegante, la vida sedentaria de quien se encierra con sus libros y la agilidad y el ir y venir de quien concurre á banquetes y fiestas mundanales. D. Juan hizo compatibles siempre estas dos grandes aficiones suyas: después de largas horas de lectura vestía el frac con elegancia suprema y era el encanto de las fiestas aristocráticas

Grueso volumen podría imprimirse con las frases de admirable profundidad, de desenvuelto ingenio, de originalísima musa que Valera sembraba en sus conversaciones.

Hablabáse en un día del pesimismo imperante en la moderna literatura.

Sí—decía Valera—ahora todos los escritores se ponen tristes, y el público huye de ellos. Hartas venturas nos da la vida para que queremos prolongarlas en nuestros escritos.

Pero—es—se le objetaba—que esos escritores pintan la realidad.

—La realidad, de noche—contestaba Valera.

Por el año de 1879 publicó don Gaspar de Muro su notable estudio histórico "La Princesa de Eboli", con un prólogo de don Antonio Cánovas del Castillo, presidente entonces del Consejo de ministros. Valera escribió para *Los Debates*, periódico recientemente fundado por Albareda, un admirable artículo crítico de aquella producción, defendiendo que la fama y

gloria de los grandes artistas se extiende y perdura más que la de los grandes caudillos. Albareda, leyendo las pruebas de aquel artículo en presencia de don Juan y elogiando con frases del mayor entusiasmo tal maravilla literaria, exclamaba:

—Pues no tienes razón en una cosa, Juan; en eso de que sea más grande la fama de los artistas que la de los conquistadores; por que á Quevedo no le conocen todos los españoles ni siquiera se referencia; y al Gran Capitán todos le conocen, aunque sea por vagas y monstruosas referencias.

—Es verdad, José Luis—contestó riendo Valera;—pero Cánovas dice lo que tú en su prólogo y si yo dijera lo mismo que él no habría artículo. Suprimida la discusión, se acaba la literatura. Es como la guerra: los azules se empeñan en defender la montaña; los blancos tienen que defender en llano.

En días amargos para la patria un editor americano encargó á Valera, ofreciéndole pingüe suma, un artículo sobre las causas de la decadencia de España para publicarlo, traducido al inglés, en una revista neoyorkina.

Rechazó Valera la proposición, diciendo á quien se le hacía:

—Lo que V. me pide es una sátira contra mi madre y no tengo pluma con que escribirla, y si la tuviera me la clavaría en el corazón, por si la duda de pensar en tal sacrilegio pudiese pasar por mi cerebro.

Alma castiza, reía sobre las torpezas y ridiculeces de sus compatriotas, queriendo enmendarlos y corregirlos; pero como el padre que castiga á sus hijos para mejorarlos, y cuando los ve en riego es capaz de morir en su defensa.

Así, la obra de Valera es la ironía de los hechos de los españoles en torno del amor á España, como en los sepulcros de las obras del Renacimiento nacional la musa festiva juega con el cincel labrando flores y ángeles en torno de la imagen del dolor y de la muerte.